



Orfeo

Francesco Smelzo

Traducción: Carmela Català

Orfeo

No sabes nada muchacho, no sabes nada todavía sobre la vida, el amor, y la muerte.

Pero no es tu culpa, non es culpa de tu corta edad, podrías ser un viejo, como yo, y no saber nada todavía sobre la vida, el amor y la muerte.

Y esto sería bueno hijo mío, sería bueno para ti.

Vivirías, dejando pasar los días uno atrás del otro, te parecerían iguales, uno que otro, una dulce ilusión no ver la planta que crece, darse cuenta de ella sólo al atardecer viendo que se ha vuelto un árbol que el rayo va a incinerar.

Yo no he tenido tanta suerte muchacho.

El recuerdo, sólo el recuerdo permanece cuando se desvanece la esperanza.

Me acuerdo de ella y de las tardes junto al río, de su sonrisa dulce y clara, de las bromas y de las caricias, en el calor de los rojos atardeceres.

Me acuerdo de ella, de mi Eurídice, cuello blanco de marfil, ojos negros de ébano, de su sonrisa y de sus dientes como perlas; de su cabello, cascada de trigo maduro; de caderas delgadas como la gacela del desierto.

Me acuerdo de ella, de la mano fría que la aferró, cuan-

do los frutos no estaban todavía maduros, cuando no se habían pronunciado todas las palabras, cuando las flores eran aún un capullo.

Me enfrenté a ella y la desafié, a la señora de la vida.

Canté, con mi voz, la música que me permitió conquistarla.

Dije su nombre, Euridice, lo invoqué y ella vino, vino a mí de la oscuridad.

Burlona la fría Señora de la Vida lo sabía: conocía la debilidad humana, la avidez de la impaciencia. Esa fue la condición, ese fue el pacto.

No mirarla.

No mirar, no preguntar, no pedir.

Recorrer con fe el camino hacia la luz, hacia la vida, sin pensar en ella en esos momentos, confiando en que la mano helada que sostenía era la suya.

No dudar. Sólo creer. Era lo único que se me permitía hasta que mis pies se posaran en su reino, el Reino de la Muerte.

¿Pero cómo podría ser posible? ¿Cómo podría resistir un hombre a la esperanza de reflejarse en los ojos de su amada, un instante, sólo un instante para vivir un recuerdo lejano?

¿La duda, las mil preguntas que atormentan el ánimo, no podían ganarle a un corazón herido?

¿La mano que, en la mía, lentamente recuperaba el calor era la de las caricias lejanas? ¿ Los pasos ligeros que oía como poco a poco se iban haciendo más firme sobre las piedras del camino eran los suyos?

Ay, Reina maligna qué juego jugaste! Que bien conoces las almas de las que te alimentas! Sabías, Sabías todo y esperabas a tu presa en la trampa que habías tendido.

Miré.

Así terminó el sueño, se rompió la esperanza contra el mazo de la duda, quedó sólo el recuerdo.

Ahora estoy aquí muchacho, esperando la mano fría como un consuelo piadoso, como una triste paz, la única posible.

Te digo que es bueno, hijo mío, vivir sin saberlo, dejando pasar los días uno tras otro. Si puedes.

El muchacho miraba al viejo sin entender, por unos pocos centavos que le había puesto en la mano, un discurso interminable... Parecía borracho ese viejo vagabundo, tirado allí sobre esos cartones en el suelo de la estación, vestido con un abrigo pesado en un día de verano.

“Estará un poco loco” – pensó y prosiguió su camino hacia el andén, sin darse vuelta.